

Capítulo 1

22 de diciembre de 2011. Península de Yucatán.

300 días para el amanecer estelar.



Una fresca mañana de diciembre, en la espesa selva de la península de Yucatán, Kiara despertó sobresaltada. Había tenido un sueño muy vívido y extraño. Se encontraba sola en una inmensa planicie desprovista de animales y vegetación, contemplando el cielo que, de pronto, comenzaba a cambiar de colores, al mismo tiempo que la tierra empezaba a temblar. Asustada, corría desesperada sin llegar a ningún lado. Cuando despertó, su corazón aún estaba acelerado por la impresión.

Se fue incorporando de su catre con lentitud y sintió la tela del mosquitero que la protegía. Se apresuró a retirarla, cogió unos pantalones cortos y una camiseta de algodón que siempre dejaba sobre un pequeño ropero. Se vistió rápidamente y fue hacia la salida del viejo y desvencijado remolque del campamento en que su padre la había instalado.

Al salir sintió la cálida brisa, muy común en esas zonas costeras. El día era espléndido, el viento soplaba con una fuerza considerable. Había pasado más de una semana desde que había llegado al campamento y aún no había visitado la playa. El Caribe era famoso por su incomparable color turquesa y sus playas de arena blanquecina. «El día de hoy —se dijo a sí misma— iré a nadar en el mar, nada ni nadie me lo va a impedir».

Fue a la carpa principal para hablar con su padre, el principal encargado del proyecto arqueológico que los tenía

en ese lugar. Pero no lo encontró ahí y pensó que seguramente estaría en algún sitio de la excavación. Estaba a punto de irse cuando vio a alguien conocido. Se trataba de un joven arqueólogo mexicano que había conocido antes. Su nombre era José García, era muy simpático y a Kiara le había agradado desde que llegó.

—Buenos días —dijo Kiara aproximándose.

—Buenos días, Kiara —respondió José con una gran sonrisa—. Parece que no te sienta muy bien dormir en el catre, se te ve un poco cansada.

Kiara pensó un momento y se dio cuenta de que esa mañana había olvidado peinarse por la prisa de encontrar a su padre. Tampoco se había lavado la cara y seguro que tenía un aspecto fatal.

—No es el catre —respondió Kiara al tiempo que se agarraba el pelo y trataba inútilmente de acomodarlo—. Más bien es el ruido. —Se refería a los ruidos producidos durante la noche por los animales en la selva.

—Bueno, pues no creo que los animales se vayan a ir a otro lado, así que pronto te acostumbrarás, ya verás.

—José, ¿sabes dónde puedo encontrar a mi padre?

—Claro que sí, el doctor Jensen se fue muy temprano a la zona oeste a recolectar las muestras de cerámica que se obtuvieron ayer. Yo estaba a punto de ir hacia allá. Si quieres puedes caminar conmigo, no está muy lejos.

Ambos salieron de la carpa principal y emprendieron el camino. Para llegar ahí debían caminar por una pista sin pavimentar de más de un kilómetro, pero esto no molestaba en absoluto a Kiara, que adoraba caminar.

La zona arqueológica había sido encontrada hacía más de un año casi por casualidad, cuando un grupo de investigadores estudiaba los felinos de esa región. Al caminar por la espesura de la selva, hallaron las ruinas y de inmediato informaron del hallazgo a las autoridades. Desafortunadamente, el Gobierno

mexicano no había podido destinar los fondos para su estudio y recuperación, alegando que el país se encontraba en una profunda recesión económica, igual que toda Norteamérica.

El descubrimiento fue ignorado varios meses, hasta que un grupo de arqueólogos mexicanos localizó al doctor Jensen y, con su apoyo, reunió fondos privados y de las Naciones Unidas para el proyecto de restauración. Estas ruinas eran las más recientemente descubiertas y, sin duda alguna, pertenecían a la civilización maya, que encantaba a Kiara con sus misterios. A sus dieciocho años, Kiara ya era una astrónoma de corazón y, siguiendo el ejemplo de los mayas, tenía una increíble fascinación por el estudio de las estrellas y los cuerpos celestes. En su nativa California le encantaba salir de noche para observar durante horas el movimiento de las constelaciones, conocía casi todos sus nombres y posiciones.

Su padre, Robert Jensen, era un experto en la cultura maya y, en general, en todas las culturas prehispánicas que se habían asentado en las regiones de México, Guatemala y Honduras. Él gozaba de prestigio internacional por haber descifrado algunos de los códices mayas que marcaban fechas importantes de la historia del imperio, así como aquellos que demostraban su conocimiento de las matemáticas.

Kiara no había vuelto a México desde hacía más de seis años. En su pasada estancia había sufrido una tragedia. Su madre fue secuestrada y probablemente ejecutada por un grupo subversivo de pobladores que se oponía a que científicos extranjeros excavaran en las ruinas de sus antepasados. Esto, por supuesto, sólo era el pretexto para encubrir sus verdaderas intenciones: pedir jugosas sumas de dinero por los rescates. A pesar de años de búsqueda e investigaciones, nadie había revelado su paradero ni había exigido jamás dinero por ella. Kiara vivía con la duda de si su madre había sido ejecutada y enterrada en algún lugar de la selva tropical, sentía aún el dolor de no poder verla y abrazarla.

Su padre tampoco se había recuperado de esta gran pérdida. Su carácter había cambiado de forma radical. Ya no era el mismo que la había criado; se había tornado mucho más serio y autoritario. Al principio abandonó su trabajo para dedicarse de lleno a buscar a su esposa; pero más de un año después sus recursos económicos y emocionales se agotaron al punto de que la única forma de permanecer cuerdo era volver a ejercer su profesión.

Mientras caminaban, José le contaba a Kiara cómo habían llegado meses atrás y limpiado el terreno para montar el campamento alrededor de las ruinas. Ella escuchaba con atención cuando divisó al final de la brecha la entrada a la zona oeste de la excavación. A lo lejos pudo reconocer la figura de su padre de pie junto a un muro de piedra, examinando una pieza de cerámica. Se dirigió hacia él.

—Buenos días, papá.

—Buenos días. ¿Qué haces aquí? —respondió su padre al tiempo que saludaba a José.

—Vengo a avisarte de que he decidido ir a la playa a nadar.

—¿Vienes a avisarme o a solicitar mi permiso? —preguntó su padre sorprendido, con un gesto de molestia.

—Vengo a pedir tu permiso, pero en verdad quiero ir —dijo ella con un tono de voz más dócil—. Llevo aquí más de una semana y ya estoy muy aburrida. Quiero ver el mar, sé que es hermoso en esta región.

—Ya veo. No me parece muy buena idea, hay mucho viento y eso puede ser peligroso, no puedes ir allí sola y yo no tengo tiempo para acompañarte. Mejor espera hasta pasado mañana y podemos ir juntos, yo también tengo ganas de nadar en el mar.

—Pero, papá —contestó Kiara con un gesto de desagrado—, ¿por qué hasta pasado mañana? Ya te dije que estoy aburrida. Pídele a la doctora Sánchez que me acompañe o a alguien más, pero déjame ir.

—¡Imposible! —repuso su padre—. La doctora Sánchez dirige la excavación en el sitio principal. No tiene tiempo que perder. Como sabes, nuestros fondos son escasos y el proyecto debe completarse lo antes posible.

En ese momento, José, que había estado escuchando la conversación, intervino.

—Doctor Jensen, si me permite, puedo llevar a Kiara a la playa. No está muy lejos de aquí, son como diez kilómetros aproximadamente. Podemos usar el todoterreno y estaríamos de vuelta en un par de horas.

El doctor Jensen se volvió para observar al joven arqueólogo y le dijo con voz tajante:

—Muchas gracias, José, pero no será necesario. Kiara esperará hasta pasado mañana e iremos todos juntos.

—¡Pero, papá! —A Kiara se le formaba un nudo en la garganta. La relación con su padre no era nada fácil y las cosas no mejoraban con el tiempo—. O sea, que no tengo derecho a pasear ni a divertirme, solamente a vivir de acuerdo con tu estado de ánimo, ¿no? ¿Por qué eres tan injusto conmigo? —Sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas y su padre se sintió incómodo con la conversación.

—Tranquilízate, Kiara. No estás en Cancún o en alguna otra playa turística; ésta es la selva y aquí hay muchos peligros.

—¡José conoce el lugar mejor que nadie y solamente vamos a salir un par de horas!

Kiara se volvió para encarar a José pidiendo su apoyo. Pero él se quedó callado y la situación se ponía más tensa. El doctor Jensen tomó la palabra. Odiaba ser condescendiente con ella, pero estaba ocupado y lo que menos quería era tener que soportar los llantos de una adolescente frustrada.

—De acuerdo, Kiara, tú ganas. Pero vais a llevar con vosotros el teléfono vía satélite y estaréis de vuelta a la hora de la comida. José, te hago responsable de estar aquí a esa hora.

—No se preocupe, doctor. Estaremos de vuelta a tiempo, tiene mi palabra.

Kiara sonrió y le dio un fuerte abrazo a su padre.

—Vamos, José, no hay tiempo que perder. —Cuando Kiara se disponía a marcharse, su padre la detuvo con un gesto. José lo observó y supo que necesitaban unos momentos a solas, así que se adelantó a preparar el todoterreno y el teléfono vía satélite.

—Kiara, comprende que no me es fácil trabajar y estar atendiendo tus deseos al mismo tiempo. Ten cuidado, recuerda que estás en la selva. No te alejes del todoterreno y ten el teléfono a mano. Cuando regreses, vamos a tener una larga conversación. Y tal vez vayamos a pasar juntos un tiempo a Cozumel la próxima semana, ¿te gustaría? Podemos bucear, los arrecifes son maravillosos.

Kiara no pudo contener las lágrimas y miró con fiijeza a su padre. Dio un paso hacia adelante y lo abrazó afectuosamente.

—Te quiero, papá. Vayamos a pasar un tiempo juntos, solos, sin excavaciones ni ruinas ni arqueólogos. —Después de un rato, ambos escucharon el sonido del todoterreno—. Nos vemos pronto.

José ya la esperaba con el teléfono y varias provisiones. Le dijo a Kiara que recogería algunas frutas en el campamento principal mientras ella preparaba sus cosas. Tomaron el camino sin pavimentar y después se internaron en otra pista a través de la selva tropical mexicana. El paisaje se tornaba más hermoso a medida que recorrían el camino que conducía a la playa. A ambos lados se podían distinguir los altos árboles de chicle y las curiosas ceibas. Por todas partes se escuchaban ruidos de aves e insectos. El cielo se notaba despejado y la temperatura no podía ser más agradable.

Kiara disfrutó el recorrido, que duró alrededor de veinte minutos. José aprovechó el momento para contarle todo lo referente a la flora y la fauna del lugar. Al percatarse del dominio que él tenía del inglés, ella se preguntaba dónde lo

había aprendido. Lo escuchaba con curiosidad. Era todo un fanático de los mayas, igual que el resto de gente en el campamento. De eso no había la menor duda.

—Mira, Kiara, ¿qué te parece contemplar esta selva que existe desde hace miles de años, cuando los humanos no contaminaban el ambiente? Podemos considerarnos afortunados de que aún existan lugares donde la mano del hombre no ha llegado a ensuciar y destruir.

Kiara escuchó con atención y no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza. Reflexionó sobre las palabras de José y se preguntó si esta tendencia cambiaría algún día.

Al llegar, Kiara se quedó boquiabierta. El mar, en esa zona, era la cosa más hermosa que había visto en su vida. Tenía varios colores diferentes a medida que el agua se juntaba con la arena. En la orilla se distinguía un color turquesa claro casi llegando al verde. Luego, a unos treinta metros de distancia, comenzaba a tornarse en turquesa oscuro para luego volverse azul ultramarino, aún más oscuro conforme se alejaba en el horizonte. La arena era tan blanca y fina como el talco, y el paisaje estaba poblado por palmeras, algunos arbustos desconocidos para ella y rocas apiladas a lo largo de toda la playa.

Kiara se quitó las botas y saltó de inmediato fuera del todoterreno para sentir la cálida arena en las plantas de los pies. Corrió alegremente hacia el mar y se sumergió en él hasta las rodillas. La temperatura del agua era perfecta. Ni muy fría ni muy caliente. Simplemente perfecta.

Una oleada de emoción recorrió todo su cuerpo al tiempo que sentía el agua moverse contra sus piernas. Definitivamente era grandioso estar viva en ese lugar, en ese maravilloso momento. Volteó la cabeza para observar a José y éste se encontraba sacando unas mochilas del todoterreno. Observó el paisaje que unía a la selva con el agua del mar y más emociones recorrieron su cuerpo. Este lugar era en verdad mágico. Había algo en esa playa que no podía ver, pero su cuerpo lo

percibía con una sensación de bienestar que pocas veces había experimentado. Sus sentimientos de asombro daban paso a un estado de profunda calma mental y regocijo.

José se acercó a ella y le sonrió amablemente.

—¿Qué opinas ahora de nuestro país, Kiara?

—¡Es maravilloso! De veras me faltan las palabras, es increíble estar aquí.

—Ya me imaginaba que iba a causarte esa impresión, por eso me ofrecí a traerte —explicó José—. Este lugar era considerado como un lugar sagrado por nuestros antepasados mayas. Es un sitio de poder. Un lugar donde ellos realizaban sus ceremonias.

—¿Qué tipo de ceremonias, José? ¿Eran ese tipo de ceremonias donde sacrificaban seres humanos?

—No, Kiara. Claro que no. Hubo diferentes épocas en la historia del Imperio maya. No todos los tiempos fueron así de terribles, aunque al final parece que sí sucedieron. Fue durante la caída de su civilización cuando ellos mismos se destruyeron. Todo parece indicar que fueron presas de sus propios miedos, igual que nos sucede en la actualidad, ¿no crees?

—No sé a qué te referías, José —dijo Kiara, con rostro confundido.

—Claro que no lo sabes, cómo podrías. Eres muy joven para entenderlo. Tu vida gira alrededor de las fiestas y la loca diversión en bares y discotecas, como los famosos *spring-breakers* que vienen año tras año a Cancún.

—No me llames *springbreaker* —refunfuñó Kiara—. No me agrada ese término. No soy igual a los demás estudiantes de mi edad. Tengo otros intereses menos superfluos.

—Ah, qué bien. ¿Y cuáles son esos intereses?

—No lo sé, me gustan las estrellas. Algún día me convertiré en astrónoma y escribiré muchos libros como los de Carl Sagan. Soy admiradora de él, ¿sabes? No soy una americana tonta e ignorante como tú piensas.

—Hey, hey, tranquila, yo nunca dije eso —se defendió José.

—No lo dijiste, pero lo insinuaste. No soy estúpida para no darme cuenta. Quiero que sepas que paso horas enteras en la biblioteca estudiando cartas astronómicas, a diferencia de los otros estudiantes de mi edad.

—A mí también me interesó siempre el estudio de las ciencias —le respondió él—. Aunque no tuve la fortuna, como otros, de poder pagar una carrera universitaria. Todo lo que sé lo aprendí por medio de la experiencia.

—¿Así aprendiste a hablar inglés? —dijo Kiara intrigada por la afirmación de José—. Desde el campamento he notado que lo pronuncias muy bien.

—Gracias, Kiara, definitivamente eres más observadora de lo que pensé. Bueno, verás, yo viví en Estados Unidos varios años. Tengo unos familiares que viven en el este de Los Ángeles. Por eso conozco bien tu idioma y tus costumbres.

—¿En Los Ángeles? Ahí es donde yo vivo. Es una ciudad enorme. ¿Tus familiares todavía se encuentran allí?

—Así es —respondió él mientras se volvía hacia el mar y enfrentaba el horizonte—. Pero hace mucho tiempo que no he podido visitarlos.

José hizo una pausa seguida de un largo silencio, parecía recordar algo. Se había quedado observando el mar. Kiara se dio cuenta de que algo en la conversación lo había inquietado y decidió cambiar de tema.

—¿Qué me estabas contando acerca de los mayas que habitaban esta zona? —preguntó ella—. Me interesa mucho saber sobre las culturas del pasado.

—Ah, los antiguos mayas, sí. Ellos realizaban otro tipo de ceremonias. Adoraban al Sol y a la madre Tierra. Se sentían profundamente agradecidos por todas las bendiciones que la naturaleza nos brinda. Y cómo no estarlo, Kiara, es

todo un privilegio estar vivo y experimentar toda la vida natural que compone este tipo de lugares. ¿No crees?

—Estoy completamente de acuerdo —asintió, aunque en realidad no entendía la enorme admiración que los mayas sentían por la naturaleza ni el estrecho vínculo que ellos guardaban con su entorno inmediato.

—Durante sus rituales —prosiguió José—, los brujos antiguos, que eran sus gobernantes, invocaban los poderes del Cielo y de la Tierra para lograr que sus cosechas fueran prósperas y que su pueblo y sus animales estuvieran bien alimentados. Ellos podían provocar lluvias a voluntad y evitar las sequías. Eran poseedores de un gran poder.

Kiara miró a José con ojos de escepticismo.

—¿De veras crees que ellos eran capaces de hacer tal cosa? Me suena a ficción, ¿no crees? A historietas de acción. Ya sabes a qué me refiero. Cómics o algo parecido.

—El mundo es más misterioso de lo que pensamos, Kiara. Nuestro mayor defecto es pensar que lo sabemos todo. En realidad sabemos muy poco acerca de esta cultura y de cualquier otra, eso lo acepto. Casi todas las cosas que se dicen de los mayas son meras suposiciones. Nadie sabe en realidad qué era lo que sabían o qué hacían aquí. Nadie sabe tampoco de dónde vinieron. Lo que sí sabemos es que eran excepcionalmente inteligentes y muy avanzados en campos de estudio como las matemáticas y la astronomía. Eran capaces de predecir los eclipses y medir periodos que abarcaban decenas de miles de años y aun más. Conocían perfectamente las órbitas de los planetas y calculaban matemáticamente cuándo se iban a alinear. Pero no sabemos ni cómo ni con qué propósito lo hacían. Quizá nunca lo sabremos.

—Bueno, pues estoy segura de que mi padre seguirá dedicando su vida a tratar de averiguarlo, ya verás.

—Yo también pienso dedicar mi vida a estudiar esta cultura. No soportaría quedarme con la duda para siempre.

Kiara miró a José con detenimiento y pudo reconocer en su mirada la resolución para luchar por lo que él creía importante en su vida. Después, José se retiró y le avisó de que iba a caminar por la selva en busca de plantas medicinales y algunas frutas que crecían por ahí. Se despidieron y acordaron verse a la una de la tarde para volver al campamento a la hora acordada con su padre.

El viento comenzaba a soplar con más fuerza y Kiara pudo distinguir que se empezaba a formar un manto de nubes en el horizonte. Conforme pasaban los minutos, empezaba a disfrutar de su total privacidad en esa remota playa. Cogió su mochila y sacó su traje de baño. No usaría su bronceador como había planeado, pues no se sentía bien contaminando el agua, y lo guardó de nuevo en la mochila. Se ocultó detrás de una palmera para ponerse el bikini. Su cuerpo era esbelto y hermoso. Su piel era blanca y su pelo, castaño claro con unos ligeros toques de rubio. Era una joven muy bonita y muy alta. Sus ojos de color azul competían con la belleza del mar caribeño.

Kiara se zambulló por completo en el agua cristalina y buceó con los ojos abiertos mirando detenidamente el fondo blanquecino del mar. «Ojalá hubiera traído unas gafas y un tubo», pensó. El fondo marino era otro espectáculo que el lugar ofrecía. El mar estaba lleno de una vida que variaba desde pequeños peces que se acercaban a ella con curiosidad hasta cangrejos y caracoles marinos de todos los tamaños posibles. Además, el lecho marino se encontraba casi alfombrado con pequeñas conchas. Le gustaba coleccionarlas, por lo que estuvo ahí mucho tiempo, buceando y cogiendo las conchas que más le atraían. El sol seguía irradiando luz en todo su esplendor y ella empezaba a sentir cómo los intensos rayos bronceaban sus hombros.

De pronto, al volver a la superficie, observó algo que la dejó estupefacta: en una de las grandes rocas, situada a unos

cien metros de distancia de ella, notó la figura de un anciano o un hombre maduro vestido con un traje indígena blanco con bordados multicolores. La visión duró sólo unos segundos, pero pudo distinguir que llevaba en la mano izquierda un cetro o bastón con plumas de colores o algo parecido. El extraño personaje estaba observándola fijamente. Kiara se quitó el agua de la cara y se acomodó el pelo hacia atrás. Cuando reaccionó, el hombre ya no se encontraba allí.

¿Cómo era eso posible?, se preguntó Kiara. Le tomó menos de un segundo recogerse el pelo. ¿Adónde se había ido el sujeto? ¿Qué intenciones tenía? Recordó lo que le había sucedido a su madre y sintió miedo. José no se encontraba ahí, estaba completamente sola y no sabía qué hacer.

Se apresuró a salir del agua y fue hacia su mochila. Cogió sus pantalones cortos junto con una camiseta y se vistió. Se disponía a ponerse sus botas cuando de pronto sintió una fuerza extraña en su espalda. Se volvió para ver qué sucedía y soltó un grito de terror. El anciano que había visto se encontraba a escasos metros de ella y la miraba fijamente. Su presencia era imponente, Kiara no se podía mover; había quedado paralizada. Era el personaje más extraño que había visto en su vida y parecía que la dominaba con el poder de su mirada.

El anciano dijo algo en un idioma que ella no pudo entender. Kiara trató de articular algunas palabras y, con voz titubeante, preguntó:

—¿Quién es usted? —El anciano no respondió, simplemente se limitaba a escudriñarla con la mirada. Kiara dejó de sentir miedo de un instante a otro, casi por arte de magia. Algo en esa mirada le hacía sentir que el anciano no tenía intenciones de hacerle daño. Dio un paso hacia atrás y se dio cuenta de que podía moverse. ¿O era que él le había permitido hacerlo? El anciano se acercó más a ella, casi tocándola, y no se pudo mover más.

—Ve a casa —dijo él en español—. Lugar sagrado.

El anciano pronunciaba estas palabras al tiempo que hacía un movimiento súbito con el bastón de su mano izquierda. Kiara sintió las plumas pasar cerca de su cara e inmediatamente la escena comenzó a tornarse borrosa. Lo escuchó cantar una tonada que ella no comprendía y el último pensamiento que la invadió fue que la estaba hipnotizando. Trató de resistirse, pero fue inútil, el cielo azul se tornó rojo y luego negro. Tuvo la clara sensación de caer en un vacío interminable y después ya no sintió nada. Kiara no se dio cuenta de que acababa de entrar en un profundo trance.